

LARRA EN LOS ORÍGENES DE LA OBRA DE AZORÍN

José ESCOBAR
Universidad de Toronto, Canadá

Pero lo doloroso, lo que va cuajando la indefinible tristeza que aparece a lo largo de todo el libro, es el sentirse ante la vida deprimido, en una insoslayable negación; no los políticos, no los sociólogos, no los literatos, no, a veces, uno mismo. El espectro de Larra («hombre que juzgó inútil la vida»), se nos acerca cauteloso, inevitable.

Alonso Zamora Vicente

Las (amargas quejas) de la segunda época están empapadas de una tristeza aterradora.

Larra es uno de los hombres que realizan la obra libertadora.

José Martínez Ruiz

(El texto de Zamora Vicente es del artículo «Una novela de 1902»¹ y los de José Martínez Ruiz, de un folleto de 1895, *Anarquistas literarios*². El de Zamora y el primero de Martínez Ruiz, por un lado, y el segundo de este escritor, por otro, señalan los dos aspectos contradictorios y complementarios con que, al inicio de su obra, el joven autor crea la imagen simbólica de Larra: lucha y escepticismo, la entusiasta acción revolucionaria y la tristeza escéptica paralizadora. Son también los dos aspectos contradictorios y complementarios de la rebeldía del personaje simbólico que es Antonio Azorín: el hombre activo y el hombre contemplativo: «Yo soy un rebelde de mí mismo —dirá el protagonista de *La voluntad*—; en mí hay dos hombres. Hay el hombre-voluntad. . . Hay, aparte de éste, el segundo hombre, el hombre-reflexión», pág. 529a).

Muchas veces se ha señalado la afinidad espiritual entre *Azorín* y Larra tan evidente a partir de *La voluntad*, una novela de 1902. Pero la presencia del gran satírico liberal ocurre ya en las primerísimas publicaciones del joven escritor satírico que es José Martínez Ruiz desde su primer folleto, la conferencia que el estudiante de Derecho, a los diecinueve años, pronunció en 1893, en el Ateneo Literario de Valencia, sobre *La crítica literaria en España*, lo que atestigua que la lectura entusiasta de los artículos Larra se inserta en la adolescencia de aquel estudiante de

1 *Sur*, 226 (1954), 67-78, reimpreso en *La voz de la letra*, Madrid, Col. Austral, Espasa-Calpe, 1958.

2 *Azorín, Obras Completas*, I, Madrid, Aguilar, 1975, p. 89a. Si no se indica otra cosa, cito por esta edición.

Monóvar. Como veremos, Larra aparece en este primer folleto y en otro, *Buscapiés*, del año siguiente, para respaldar su empeño de fervoroso crítico militante, de satírico virulento, en el panorama de la literatura española finisecular. Por las primeras publicaciones de José Martínez Ruiz las referencias a Larra en los dos folletos indicados y en *Anarquista literario* se repiten en un entramado de citas que revelan la significación de la obra larriana en la formación literaria del autor, es decir, en los orígenes de la obra de *Azorín*, en el trecho inicial que culmina en *La voluntad*.

Hoy, en homenaje a mi maestro don Alonso que en mis años de aprendizaje en Salamanca avivó mi primera afición juvenil a *Azorín* y dirigió mis estudios sobre Larra, vuelvo a reelaborar algunos materiales de esta relación, añadiendo alguna información documental sobre la visita noventayochista de Martínez Ruiz, el periodista anarquista, a la tumba de Larra precisamente en 1898, tres años antes de la famosa visita narrada en la novela de 1902.

Don Alonso, en Salamanca, no sólo en las clases de su cátedra de Filología Románica, o en la sala de su Seminario en los altos del palacio de Anaya, sino también en sus lecciones peripatéticas por las calles de la ciudad, en el rincón aquel del diminuto café Edelweiss o en su casa de Milicias Nacionales, con un cafelito que nos traía María Josefa, nos enseñó a percibir el «vaivén de la literatura», «vaivén de la palabra recién nacida» que es «una lucha entre el nuevo mensaje y los ya consagrados». Estoy citando frases del comienzo del artículo de Zamora Vicente, «Vaivén de la literatura», que apareció en el primer número de *Papeles de Son Armadans*, en abril de 1956, incluido en el volumen de la Austral *La voz de la letra*³. También en este volumen puede leerse el artículo «Una novela de 1902» que nos trae al tema de mi intervención, como muestra el párrafo que he puesto de epígrafe.

En el artículo citado «Vaivén de la literatura», Zamora Vicente nos explica en qué consiste este ir y venir literario: «En el campo de la creación literaria, esto nos lleva a considerar el panorama de los creadores avanzados, creadores estrictamente nuevos (Garcilaso, Góngora, los hombres del 98), frente a los continuadores de un estadio previo, rezagados, remolones, gente instalada a gusto en una circunstancia ajena (tradicionalistas del siglo XVI, gongorinos tardíos, realistas transnochados). Vaivén de la palabra recién nacida, que busca herir la sensibilidad de un público» (*ibid.*). Es lo que busca el joven José Martínez Ruiz en el vaivén de su palabra, situándose al frente de los jóvenes de su generación: herir la sensibilidad de un público adormecido, instalado a gusto en la circunstancia, en el marasmo finisecular de la Restauración. Y para ello toma —vaivén del Romanticismo— la figura de Larra, como ejemplo renovador de la literatura de su tiempo, de lo que Martínez Ruiz va a considerar la revolución romántica, vanguardia, según él, de la revolución política. En el prólogo retrospectivo que en 1941 puso *Azorín* a una antología de artículos de Larra, señala este vaivén de la palabra recién nacida, la lucha entre el nuevo mensaje y los ya consagrados, *los viejos*. *Azorín* constata la novedad literaria que le sirvió de ejemplo a él, como escritor: «Consecuencia inmediata del advenimiento de Larra a las letras: la exaltación de la personalidad, el individualismo irreductible; consecuencia de resultados incalculables en las letras, y consecuencia que ha de dominar en todo el siglo XIX. Larra es, en realidad, el gran romántico»⁴.

El joven escritor —«con fondo romántico también», como reconoce en dicho prólogo— que empieza a publicar a finales de un siglo dominado por la consecuencia de la obra del «gran romántico», toma su figura, su espectro, como símbolo revulsivo creado entre la bivalencia de la activa lucha revolucionaria y el escepticismo desencantado. En una transmisión de identidad

3 Op. Cit., pág. 15.

4 «Comento a Larra», en Larra, *Artículos de costumbres*, Buenos Aires, Colección Austral, Espasa-Calpe. 1942.

des, Martínez Ruiz crea un Larra para su propio uso en cuya imagen se mira como en un espejo. Esto es patente en *La voluntad*, novela en la que Larra y Antonio Azorín son los dos personajes literarios, fingidos como símbolos de la nueva generación.

Aunque es entonces, sólo a fines del siglo XIX, cuando se advierte la proximidad espiritual de Larra, identificando la nueva generación sus propias inquietudes con los problemas personales y nacionales representados simbólicamente en la vida y en la obra de aquel gran escritor romántico, no se puede decir que fueran ellos los que crearon su fama como uno de los escritores más reconocidos del siglo. Larra ya era famoso, si bien la identidad con sus inquietudes no se reconoce claramente hasta las postrimerías del siglo XIX. En 1885, José Yxart, el crítico que realmente reivindica la vigencia espiritual de Larra en los años inmediatamente anteriores al advenimiento de la generación de Azorín, atestigua su fama: «Sería absurdo decir que el público español no hizo justicia al talento de Larra. Larra es un escritor popular, que no deja de la mano el último aficionado a la lectura, ni olvida nunca en la lista de los primeros escritores contemporáneos el más ignorante crítico ... fue un escritor originalísimo, un observador profundo y osado a quien es difícil igualar, cuánto más aventajar»⁵. Esta fama de Larra llega a la nueva generación que surge a finales del siglo XIX en un proceso de canonización en el que por un lado se reconoce su popularidad y por otro se censura su escepticismo y pesimismo. Su suicidio y la manifestación cívica que constituyó su entierro, crearon una imagen del escritor rebelde y escéptico que llegó sin interrupción hasta el joven rebelde y escéptico que fue José Martínez Ruiz en la última década del siglo. Personajes ilustres decimonónicos atestiguan lo que ellos consideran la popularidad de Larra: Zorrilla ante la primera tumba, la polémica de los artículos necrológicos en los periódicos los días siguientes al suicidio, sus contemporáneos Ferrer del Río y Martínez Villergas, el argentino Sarmiento, Gustavo Adolfo Bécquer, Juan Valera, Menéndez Pelayo, Benito Pérez Galdós mantienen viva su actualidad.

En esta fama que llega a finales del siglo XIX, *Clarín* y José Yxart son los dos críticos que señalan al joven escritor la proximidad de Larra. ¿Cómo no iba a estar de acuerdo el joven Martínez Ruiz con su maestro *Clarín* cuando leyera en «El libre examen y nuestra literatura presente», del libro de 1881 *Solos de Clarín*, su apreciación de Larra como escritor radicalmente revolucionario? Según *Clarín*, antes de 1868: «En la literatura sólo aparece un espíritu que comprende y siente la nueva vida: José Mariano (*sic.*) Larra, en cuyas obras hay ... elementos revolucionarios, de profunda y radical revolución. . . Larra no sólo se adelantó a su tiempo, sino que aun en el nuestro los más de los lectores se quedan sin comprender mucho de lo que en aquellos artículos de aparente ligereza se dice, sin decirlo». No cabe la menor duda de que Martínez Ruiz leyó este famoso artículo de *Clarín* y que se fijó en esta valoración de Larra que acabamos de citar, pues, en su tercer folleto, *Buscapiés*, le hace notar a su maestro que, al nombrar al que consideraba crítico radicalmente revolucionario, había trabucado el nombre, escribiendo José Mariano en vez de Mariano José: «Mariano José de Larra —no José Mariano, amigo *Clarín*—...» (39b), le advierte.

Martínez Ruiz coincide con *Clarín* en apreciar los «elementos revolucionarios, de profunda y radical revolución», pero es, sobre todo, con José Yxart con quien siente la aproximación a Larra. El pasaje antes citado de este crítico pertenece al prólogo que puso a su *Colección de artículos escogidos* de Mariano José de Larra, libro que según nos informa Enrique Rubio

5 *Crítica dispersa (1883-1893)*, ed. de Rosa Cabré, Barcelona, Lumen, 1996, p. 366.

Cremades⁶ fue leído y anotado por Martínez Ruiz⁷. La antología publicada por Yxart marca el inicio de los estudios críticos de la obra de Larra; aparece justo unos años antes de que el joven escritor iniciara su trayectoria literaria invocando el modelo de Mariano José de Larra como crítico satírico militante en la mencionada conferencia del Ateneo Literario de Valencia. En Yxart se inicia la nueva valorización que asume *Azorín*, transmitiéndola al siglo XX. Como los jóvenes de la generación siguiente, siente Yxart el desgarramiento de Larra ante «la descarnada realidad de las cosas» (pág. 368). De ahí el desaliento y la amargura que él percibe en los escritos de sus últimos días, la «inmensa tristeza» que hace notar Martínez Ruiz en los escritos finales de Larra, la «indefinible tristeza» que percibe Zamora Vicente en *La voluntad*, a lo largo de todo el libro, auspiciada por el espectro de Larra.

Por su parte, Yxart coincide con *Clarín* en lo que dice sobre la incompreensión con que se valora a Larra cuando opina que, a pesar de su reconocida popularidad, «no se le otorgó el puesto que en realidad le corresponde. Hallo siempre, en cuantos han hablado de él, como el inconsciente designio de colocarle en segunda fila, o de juzgarle desde un punto de vista inferior a su importancia. No basta para mí llamarle el primer crítico español ... Ni tenerle por ingeniosísimo y chistoso, penetrante y cáustico, pero considerándole como un simple articulista, es hacer plena justicia a Larra» (págs. 366-367).

Pero la razón fundamental de esta resistencia, según Yxart, es la amarga y desalentada visión de la realidad que Larra presenta: «su genio ... le arrastró en los últimos días de su vida a verter el sarcasmo, la hiel, la amargura, y a mostrar desalentado la descarnada realidad de las cosas» (pág. 368). «Esto fue Larra: una víctima real de la fiebre que devoraba las entrañas y el cerebro de Europa» (pág. 369). El hastío que Yxart señala en Larra es ya el hastío que Martínez Ruiz siente que desgarrará el corazón del escritor romántico, como Prometeo «encadenado a la realidad, desgarrado el corazón por el hastío» (pág. 90). Esta visión desalentada de la realidad que para otros es motivo de rechazo, es precisamente lo que va a atraer al joven Martínez Ruiz. Es el escepticismo que todos señalan al hablar de Larra y que para muchos, según Yxart, es un defecto grave. En efecto, Ferrer del Río piensa que «Larra, con su índole viciosa, su obstinado escepticismo ... no cabía en el mundo», Menéndez Pelayo se refiere a la amargura procedente de «escepticismo y soberbia», Blanco García considera la «meditación fría y escéptica»⁸. Tienen en cuenta su nombre, pero no se sienten próximos espiritualmente a él, como Yxart y Martínez Ruiz.

También Yxart, como luego *Azorín*, resalta el escepticismo de Larra, pero su valoración es distinta, considerándolo comprensivamente desde una proximidad espiritual: «Fue escéptico, fue pesimista; se contentó con negarlo amargamente todo» (pág. 368), como hará luego Antonio Azorín en *La voluntad*. Piensa Yxart que «fácil es comprenderlo, había llegado al término, y había entrevisto el caos» (pág. 370). Repitamos el texto de Zamora Vicente que hemos puesto de epígrafe: «Pero lo doloroso, lo que va cuajando la indefinible tristeza que aparece a lo largo de todo el libro, es el sentirse ante la vida deprimido, en una insoslayable negación», palabras que podemos aplicar tanto a Antonio Azorín como al Larra visto por él. Para Yxart, el escepticismo de Larra no es de índole viciosa, no se equipara con la soberbia, ni es resultado de fría meditación, como hemos visto que lo juzgaban los críticos anteriores. Él, en cambio, piensa que

6 «Anotaciones de Azorín a la obra de Larra», *Anales Azorinianos*, I (1983-84), 76-83.

7 Según Santiago Riopérez, «Azorín había leído y repasado en sus primeros años de mocedad —según confesión propia al autor de esta biografía— y que le había servido de acercamiento y de puente para acceder a Larra e iniciar el culto encendido que habría de mantener vivo a lo largo de toda su tarea literaria». *Azorín Integro*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1979, pág. 97.

8 J. L. Valera, *Larra y España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983, págs. 55 y 59.

Larra es «escéptico sincero» (pág. 368) y ve «en el pesimismo de Larra una prueba de cuánto se adelantó a los hombres de su en aquellos mismos extravíos de su cabeza calenturienta» (pág. 370).

Es este Larra, sincera, honradamente escéptico y «espíritu revolucionario» que aquí nos presenta Yxart el Larra que aparece en *La crítica literaria en España* y en *Anarquista literarios* y luego en *La voluntad*. En Yxart y en Martínez Ruiz el escepticismo de Larra no es una acusación, sino el resultado de la clarividencia amarga de su genio. En el primero de estos escritos, el conferenciante señala cómo desde el optimismo inicial, el escepticismo marca en Larra la culminación de un proceso de madurez que lo lleva, al final de su vida, como acabamos de ver en Yxart, al desaliento descarnado ante la realidad de su tiempo. Siguiendo la línea marcada por este crítico, Martínez Ruiz proclama: «Es Larra uno de los primeros satíricos del siglo XIX; en la sátira política y en la de costumbres en general, no le ha aventajado nadie. Pero hay una distancia inmensa entre sus primeros artículos, aquellos que publicó firmados por *El Pobrecito Hablador*, y aquellos otros que escribió cuando ya la duda, el escepticismo, se había apoderado de su alma» (pág. 12b). En *Anarquistas literarios* también señala esta distancia inmensa señalando primero la pujanza de su obra. Exclama: «¡Qué obra la de *Fígaro* en estos días en que su genio estalla con toda su pujanza! Nuevos horizontes se abren a la literatura española: la alborada del gran día, del día romántico, clarea a lo lejos. La revolución literaria es la vanguardia de la revolución política: el artista es profeta. La revolución romántica del 30, en que se lucha por el arte, precede a la revolución política del 68, en que se muere por el derecho» Y añade a renglón seguido: «Larra es uno de los hombres que realiza la obra liberadora» (pág. 89b). Pero este ímpetu revolucionario sucumbe ante la clarividencia con que ve los vicios de la sociedad que suscitan amargas quejas. «Las de la segunda época están empapadas de una tristeza aterradora», «*Fígaro* vive agonizando; su corazón es un sepulcro» y no encuentra consuelo «que calme sus dolores, que le haga olvidar, siquiera por un momento, su perpetua tortura de Prometeo encadenado a la realidad, desgarrado el corazón por el hastío» (págs. 89-90). El autor de *Anarquistas literarios* concluye su semblanza de Larra con dos palabras: «Larra sucumbe». Luego en *La Voluntad*, dice Antonio Azorín en el discurso que lee ante la tumba de Larra: «La vida es dolorosa y triste. El desolador pesimismo del pueblo griego, el pueblo que creara la tragedia, resurge en nuestros días ... Y Larra, indeciso, irresoluto, escéptico, es la primera encarnación y la primera víctima de estas redivivas y angustiosas perplejidades» (pág. 522a). Las perplejidades de Larra son las mismas que siente Antonio Azorín: «Azorín es casi un símbolo; sus perplejidades, sus ansias, sus desconsuelos bien pueden representar toda una generación sin voluntad, sin energía, indecisa, irresoluta, una generación que no tiene ni la audacia de la generación romántica, ni la fe en afirmar de la generación naturalista» (pág. 525b).

En la percepción de esta distancia inmensa que señala en su primer folleto entre sus primeros artículos y los que escribe cuando el escepticismo y la duda se apaderan de él, vemos señalado el proceso interno de la obra de Larra que va del audaz optimismo ilustrado de sus orígenes, con la esperanza gozosa puesta en la lucha para derribar los obstáculos tradicionales, al escepticismo romántico final, al pesimismo y la desesperanza del Romanticismo como experiencia dolorosa de la sociedad moderna. Dos aspectos contradictorios aparecen ya en la primera manifestación de la figura simbólica que Martínez Ruiz crea de Larra: la acción y la contempación en que se debate el protagonista de *La voluntad* y de *Antonio Azorín*. El primer aspecto lo ve Martínez Ruiz en un Larra combativo, con una voluntad de acción, de lucha, en cuya figura se ve reflejado él mismo como hombre de acción. Es el Larra de los primeros artículos, como hemos visto, los de *El Pobrecito Hablador*, antes de que el escepticismo embargue su alma. Este Larra activo en pugna con todo lo que le rodea es el Martínez Ruiz lleno de voluntad, de energía y de espíritu de lucha que nos describe su amigo Pío Baroja en el

prólogo de la tragicomedia *La fuerza del amor*, de 1901, como autor de los escritos anteriores en que había que leerlo, ya diferente del autor de la tragicomedia, donde «ha puesto la parte clara y neutra de su alma» (pág. 406a), y del *Azorín* que ha de venir luego con su visión serena y equilibrada de la realidad. En este prólogo titulado cabalmente «Martínez Ruiz», la imagen del joven crítico finisecular parece identificarse con la del satírico romántico que aparece en *La crítica literaria en España*, en *Buscapiés* y en *Anarquistas literarios*, es decir, en los trabajos en que, según Baroja, se manifestaba la verdadera personalidad del autor y que *Azorín*, en su vejez, considera «prédicas subversivas» (p. x). Recomienda Baroja: «En donde hay que leer a Martínez Ruiz es en sus trabajos personalísimos, iracundos. Siente todo lo personal con una energía rabiosa, es sañudo, violento, extremado» (pág. 406a). Baroja cree que su compañero, envuelto en sus contradicciones, no es comprendido «porque hay muy pocos que busquen un ideal con ansia, con fiebre.» Y añade: «Martínez Ruiz lo busca de este modo, y vacila, va de aquí para allá; por eso tiene fama de tortuoso» (405b). Lo que Baroja dice del autor anterior a la tragicomedia, ese ir de aquí para allá, es lo que *Azorín*, en el prólogo de 1941, dirá del Larra al que se sintieron atraídos en su juventud: «Cuando se lee a Larra atentamente ... el ánimo queda conturbado y perplejo. ¿Dónde estamos? ¿Qué es esto? ¿Qué significan tantas idas y venidas, tantos cambios, y tantos trueques, y tantas contradicciones?» Junto al hombre de acción, junto al rebelde, aparece el escéptico.

La imagen que nos da Baroja de su compañero como autor de los trabajos que recomienda para conocer la personalidad agresiva del primer Martínez Ruiz (con «energía rabiosa», «sañudo, violento, extremado») refleja la imagen que éste nos ofrece de Larra como hombre de acción, crítico militante en la pujanza de su obra, profeta de la revolución, realizador de la obra liberadora. Es el Larra que encarna la definición de anarquista, tomada de Félix Dubois con que Martínez Ruiz inicia sus *Anarquistas literarios* que resume así: «un individuo batallador, independiente, individualista, altruista, lógico, deseoso de justicia, observador, propagandista» (pág. 83a). Son adjetivos que Martínez Ruiz puede atribuir a la imagen de Larra que construye, como modelo de su propio quehacer literario subversivo.

Con esta concepción de la literatura como empresa batalladora, Martínez Ruiz, en los comienzos de su obra, se sitúa en una línea de literatura satírica que va de Larra a *Clarín*. En *La crítica literaria en España* y en *Buscapiés*, Martínez Ruiz invoca la autoridad de Larra para proponer una crítica de actualidad o militante que si bien se puede dividir en seria y satírica, la necesidad de la actualidad exige la sátira como única crítica de la sociedad. Basándose en Larra, considera la sátira como crítica social y como única posible ante la realidad de su tiempo. Dice en su disertación de Valencia: «Dividamos, por las notables diferencias que existen entre ambas, la crítica de actualidad o militante en crítica seria y satírica. Ya dijo el *sabroso Fígaro*, como le ha llamado Pardo Bazán, que llegaría un día en que habrían de fundirse la crítica y la sátira. Ese día ha llegado» (págs. 19-21). Y al año siguiente insiste sobre lo mismo en el folleto *Buscapiés* que publica con el seudónimo de *Ahrimán*, dios del mal en el culto zoroástrico.

Ahora transcribe el pasaje de Larra en que, según su discípulo, vaticina la fusión de la crítica seria y la satírica: «Traslucimos la época en que la sátira, comprimida por todos lados, habrá de refundirse, de reducirse estrechamente en la jurisdicción de la crítica». A lo cual comenta *Ahrimán*: «Esta profecía de Mariano José de Larra —no José Mariano, amigo *Clarín*— se está cumpliendo en nuestros días. Hoy la crítica seria no tiene razón de ser, no responde a ninguna necesidad. Y al decir *crítica*, es inútil añadir que nos referimos a esa crítica hirsuta, tan llena de preceptos retóricos, de reglas gramaticales, de sutilezas literarias como falta de cultura científica, de necesidad tan imperiosa hoy, que ya nos reímos de las rancias y majaderías académicas. Sin salir de España, tenemos suficientes pruebas de la

decadencia de esta crítica, decadencia que se va haciendo más visible de día en día. No hay más que ver lo poco leídos, lo nada populares que son estos críticos vacíos» (págs. 39-40). Lo que, en realidad, Larra vaticina es la desaparición de la sátira política. No importa que la interpretación que hace Martínez Ruiz de la profecía de Larra no sea la literalmente correcta, si lo que busca es la inspiración de su combativo espíritu satírico. Si *Ahrimán* no es fiel a la letra, lo es al espíritu, al concepto del crítico romántico, al interpretar su postura como promotor de la sátira necesaria en cuanto crítica social de combate, en pugna con la sociedad que le rodea. Martínez Ruiz está entre aquellos a los que, según Yxart, los «desoladores gritos» del satírico romántico «les parecen hoy predicciones fatídicas realizadas». Ya hemos visto cómo al autor de *Anarquistas literarios*, la revolución del arte de 1830 («la alborada del gran día, del gran día romántico») le parece que es la vanguardia de la revolución política de 1868 y que Larra es el profeta.

En esta línea beligerante de la sátira que va de Larra a *Clarín* el espacio que separa a los dos satíricos es el que va de la crítica retórica de la crítica científica del positivismo. Es la conclusión de su discurso sobre la crítica literaria: «Pues bien: la crítica también realiza sus progresos. De Larra a *Clarín* media un espacio inmenso, que no se puede llegar a comprender sin estudiar detenidamente estos adelantos. En tiempos del primero el arte era retórico: hoy se va haciendo científico... ¡El arte-ciencia! ¡Ah, señores! Una gran revolución se está preparando en la literatura europea; estamos abocados a una gran alborada del espíritu humano... ¿Quién será el Mesías de de la nueva doctrina artística?» Y responde: «Contentémonos con saber quién es el Bautista, quién es el precursor: Emilio Zola» (pág. 14b).

Vemos cómo para Martínez Ruiz, con optimismo progresista, los dos polos de referencia en esta línea que va de Larra a *Clarín* son «la alborada del gran día, del gran día romántico» y la «gran alborada del espíritu humano» que se anuncia en el arte-ciencia del positivismo naturalista que predica Zola. Recordemos que Olaiz en *La voluntad* echa de menos en su propia generación el ímpetu de la generación romántica que Lara representa: «Larra, para mí —decía, por la mañana Olaiz en su despacho—, representa la generación romántica de mil ochocientos treinta... Es algo como un símbolo de toda una época. Yo veo en toda esta gente cierto lirismo, cierto ímpetu hacia un ideal... que ahora no tenemos». Del mismo modo, Antonio Azorín aparece como símbolo, representando la generación finisecular, a los umbrales del siglo XX, «una generación —dice el narrador de *La voluntad*— que no tiene la audacia de la generación romántica, ni la fe en afirmar de la generación naturalista» (pág. 525b), las dos generaciones que, como hemos visto en dos folletos anteriores, anuncian alboradas.

Ante la tumba de Larra en el sesenta y cuatro aniversario de su muerte, el 13 de febrero de 1901, las perplejidades de Antonio Azorín se confunden con las perplejidades de Larra. Los dos son símbolos generacionales. Pero, como dijimos antes, no fue esta visita narrada en *La voluntad* y por Pío Baroja en un pliego suelto el primer homenaje necrológico de Martínez Ruiz al frente de un grupo de jóvenes en el abandonado cementerio de San Nicolás. El primer homenaje tiene lugar tres años antes, el 13 de 1898, y los que acompañan a Martínez Ruiz son otros compañeros con preocupaciones diferentes a los de 1901 y con otros ideales políticos e ideológicos.

En enero de 1898, el joven periodista, desde *El Progreso*, periódico en que escribe por entonces, trata de organizar un homenaje a Larra en el teatro Lara de Madrid que no se llegó a celebrar. El joven periodista le escribe al director del teatro, Francisco Flores García, proponiéndole la organización del homenaje. Conocemos la respuesta negativa del director del teatro que Martínez Ruiz inserta en una de sus crónicas del periódico, la del 18 de enero, titulada «Homenaje a Larra». Francisco Flores le contesta en estos términos:

Larra, el gran *Fígaro*, el primero sin duda de los críticos españoles, no se distinguió ciertamente como autor dramático —tal vez porque no se dedicó de lleno a esta rama de la literatura— en la proporción y medidad que como escritor satírico, crítico y de costumbres. Antes todo y sobre todo fue periodista.

Sus obras dramáticas son muy estimables, como suyas, pero no son lo mejor de *Fígaro*.

Y siendo esto así, no es un teatro donde debe rendirse homenaje a la memoria del insigne escritor.

Mariano de Larra, nieto de *Fígaro*, opina exactamente lo mismo que yo en este asunto.

Creo como usted que debe honrarse la memoria de nuestro escritor, gloria legítima de las letras españolas, pero en sitio adecuado al objeto, en la Asociación de la Prensa, en la Academia de la Lengua o en el Ateneo.

A lo que Martínez Ruiz le replica:

Después de esto no me queda nada que decir. Yo no pedía una *solemnidad artística*, o cosa por el estilo, pues que no se trata de un centenario; pedía un sencillo recuerdo, análogo al que todos los años dedica la Comedia Francesa a ciertos literatos franceses. Que *Fígaro* sea esto o lo otro no me importa. Me dirigí al Sr. Flores García y a los distinguidos actores de Lara por la circunstancia que apuntada queda.

Ahora, a la Asociación de la Prensa o a la Sociedad de Escritores y Artistas toca decidir lo que se ha de hacer, si es que deciden algo. De todos modos, creo que no Flores García, que es un escritor culto y de probado talento, ni Mariano de Larra, que es un autor notable, negarían su concurso a lo que se haga.

Yo, por mi parte, persisto en lo dicho.

La redacción de *El Progreso*, que sabe celebrar la memoria de los escritores ilustres que han luchado por la libertad, llevará el 13 de Febrero una corona a la tumba de *Fígaro*. Y el representante de *La Campaña*, en nombre de su redactor jefe, Luis Bonafoux, y en nombre de todos los que allí escribimos, llevará otra. Así demostraremos que sabemos honrar la memoria del más valiente de los periodistas españoles.

El último párrafo transcrito de la crónica de Martínez Ruiz en que se anuncia que la redacción de *El Progreso* y el representante de *La Campaña* llevarán coronas de flores a la tumba de Larra para celebrar «la memoria de los escritores ilustres que han luchado por la libertad» y «honrar la memoria del más valiente de los periodistas españoles», lo utiliza Luis Bonafoux para iniciar, una «Crónica» en el número 4 de su semanario, el 25 de enero de 1898. Bonafoux, suprimiendo su nombre, pone en bastardillas, pero sin indicar la procedencia, las palabras del periodista de *El Progreso*. No podemos menos de reconocerlas leyendo el texto de *La Campaña* reproducido por Christian Manso en un trabajo sobre el semanario anarquista parisino⁹. Como el azorinista francés no ha visto el texto de Martínez Ruiz en *El Progreso*, el párrafo inicial le parece meramente «un epígrafe en bastardilla», sin darse cuenta de que las líneas

9 «Sobre el semanario parisino *La Campaña* de Luis Bonafoux», en *Azorín et la Génération de 1898*, Pau: L.R.L.L.R. et Edition Covedi, 1998, págs. 169-179. Todos los datos sobre *La Campaña* que utilizo y los textos que cito del periódico parisino proceden del artículo citado del profesor Manso.

subrayadas por el redactor de *La Crónica* son una cita sin referencia —quizá implícita— del «Homenaje a Larra» publicado unos días antes por José Martínez Ruiz en *El Progreso*. Lo que sigue a este párrafo inicial en la «Crónica» de *La Campaña* es un alegato ideológico que revela claramente el significado de este homenaje a Larra, de acuerdo con lo que había dicho de él Martínez Ruiz, presentándolo como «uno de los hombre que había realizado una obra liberadora», en *Anarquistas literarios*, y como ejemplo de «los escritores ilustres que han luchado por la libertad», en *El Progreso*. No el Larra escéptico y perplejo, sino revolucionario, luchador por la libertad.

Dice el redactor de *La Crónica*:

Fíguro no sólo es el único genio literario, sino también el primer patriota español del siglo en que nos arrastramos miserablemente, defendió los trabajadores hambrientos, fustigó a los fanáticos descendientes de Carlos Quinto, a los voluntarios de la integridad de los monopolios, a las devotas histéricas . . . Vivió escribiendo amarguísimas verdades del medio social donde le tocó nacer. . . *Fíguro*, en fin, fue un revolucionario en la patria de Felipe II y Torquemada, y en una época de atraso bestial, casi tan grande como la de ahora,

Para los periodistas ácratas, Larra es uno de los suyos. Profeta, fustigador del oscurantismo inquisitorial de la España antigua, es el hombre de acción defensor de los trabajadores hambrientos, revolucionario valiente que luchando por el arte en la revolución romántica vaticina el triunfo de la revolución política. No va a ser así, como hemos visto, el *Fíguro* más contemplativo de *La voluntad* con el que los jóvenes de la nueva generación van a confundir sus propias perplejidades. Ya hemos oído a Antonio Azorín: «Larra, indeciso, irresoluto, escéptico, es la primera encarnación y primera víctima de estas redivivas y angustiosas perplejidades».

Una canonización que empezó junto a la tumba de Larra en el cementerio de Fuencarral, el 15 de febrero de 1837, un cementerio relativamente nuevo, culmina en otra tumba del mismo escritor, en otro cementerio, el de San Nicolás, un cementerio viejo, ya abandonado.

Siempre ante su tumba, en 1837, sus contemporáneos exaltan al liberal; en 1898, los anarquistas, al revolucionario; en 1901, los noventayochistas, al escéptico.

En cada uno de los tres homenajes necrológicos, los liberales, los anarquistas, los noventayochistas identifican sus inquietudes con el gran romántico. Es lo que hace el protagonista de *La voluntad* con esta palabras: «Y he aquí por qué nosotros, jóvenes y artistas, atormentados por las mismas ansias y sentidores de los propios anhelos, venimos hoy a honrar, en su aniversario, la memoria de quien queremos como a un amigo y veneramos como a un maestro» (pág. 522a).